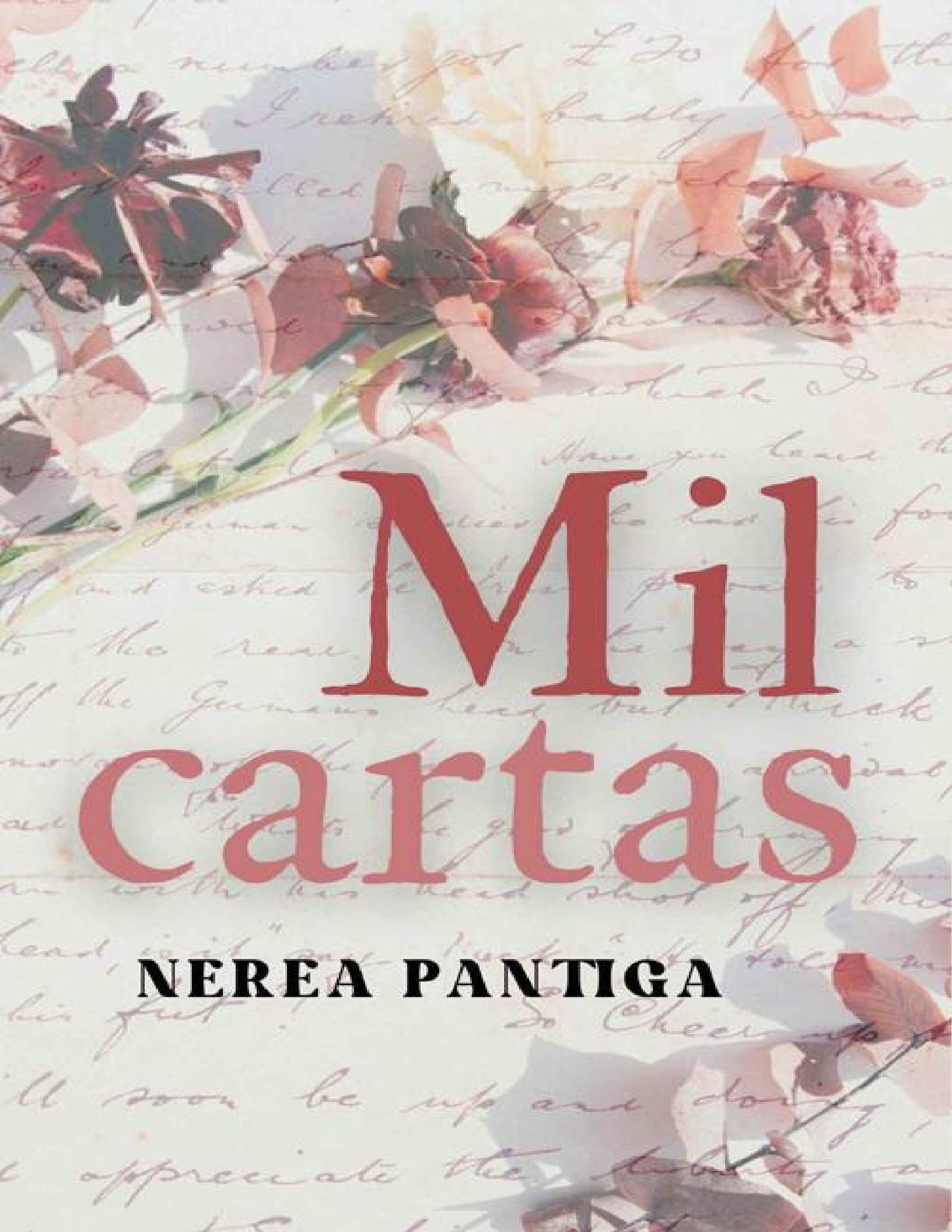


Mil cartas

NEREA PANTIGA

MIL CARTAS

La historia de Mai y Michael

Nerea Pantiga

Derechos de autor © 2024 Nerea Pantiga

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
MIL CARTAS
1.UN RECITAL DE PRIMERAS SENSACIONES.
2. UN TE QUIERO Y UN ADIÓS.
3. MIL CARTAS PARA ENAMORARME
4.ES UN ADIÓS.
5. NO FUE UNA ELECCIÓN.
6. EL DOLOR TE ANESTESIA.
7. UN NUEVO COMIENZO.
SIGUE LEYENDO PORQUE...
Gracias

MIL CARTAS

LA HISTORIA DE MAI Y MICHAEL.

1.UN RECITAL DE PRIMERAS SENSACIONES.

MICHAEL

La familia de Caleb Scoll además de millonaria en propiedades, tiene la fortuna de contar con un pequeño pueblo donde desconectar del ruidoso mundo empresarial londinense.

Por aquel entonces, mi relación de amistad con Caleb estaba pasando por su mejor momento. Coincidimos el primer día de la universidad. Ambos estábamos tan perdidos en aparentar seriedad que, cuando nos encontramos en los servicios recolocando la corbata, cada uno mirando hacia el espejo como si éste fuera a darnos la clave del éxito, nos empezamos a reír.

Él empezó a reírse, yo lo seguí unos segundos más tarde, cuando comprendí que la risotada no era dirigida hacia mis movimientos, sino hacia la situación.

En un primer momento, me recordó a mi hermano Robert en nuestra infancia. Era un niño alegre, utilizaba la broma para encandilar, los años lo estaban tratando mal y mi padre no tenía ni idea de cómo poder sobrellevar la situación.

—Parece que sabemos cómo transformar el mundo, y no tenemos ni idea de colocar una corbata —aseguró entre los espasmos de la risa.

Cuando solté la mirada del espejo y lo miré directamente, me sorprendió el color de sus ojos, tan azul que parecían blancos en algún punto.

—Soy Caleb, por cierto.

Me tendió la mano y se la apreté de vuelta.

—Michael. Michael Douglas.

—Vaya, ¿ese tipo de Douglas?

—Supongo que sí.

Mi padre contaba con la empresa más puntera en el mundo del motor. Fabricantes y expertos en la actualidad, había ido conquistando el mercado.

Él no me dijo su apellido hasta pasadas unas semanas. Ahora entiendo que, de Caleb Scoll, lo primero que debes valorar es su persona, su lealtad, para después observar los siguientes puntos importantes de su persona.

Me ayudó tener un compañero en clase al que le pudiera hablar cuando no comprendía algo, o simplemente a modo de comentario. Había estado toda la vida a la sombra de mi hermano, él solía llevarse todas las miradas y para mí era cómodo. Conocía mi lugar y la calma siempre fue el punto desde el que deseaba moverme.

Controlar mi mente para poder dar lo mejor de mí era mi debilidad y mi fortaleza a partes iguales, quizá por eso, la figura de mi nuevo amigo fue tan crucial en mis primeros años como adulto.

Caleb era todo lo contrario, me arrastraba a fiestas, me llevaba a citas a ciegas y, al final, comencé a claudicar en sus planes. Aunque me ponía en situaciones inimaginables para mí, siempre tuve la certeza de que no estiraría la cuerda más de lo que debía. Suena extraño, sin embargo, necesitaba ese control.

—Tienes que venir, tío, Lellos es increíble. Es el pueblo natal de mi padre, se fueron cuando él era un crío pero conserva la vivienda familiar. No hay nada más que naturaleza, fiestas pequeñas y libertad.

Los exámenes finales nos estaban asfixiando, así que, supongo, que el término de libertad, sumado a alejarme del bullicio de Londres, hizo que aceptara ese viaje a un pueblo montañoso, perdido en el mapa.

Viajamos en el avión privado de la familia Scoll, de mayor tamaño que el de mi familia, y con unas comodidades asombrosas. De ahí, tuvimos que alquilar un coche para llegar a destino. El trayecto se me hizo eterno, la carretera serpenteaba las montañas obligándome a centrar la mirada en un punto para no marearme. Años después logré apreciar el paisaje espectacular que rodea ese camino porque lo que comenzó como una broma de Caleb, acabamos convirtiéndolo en tradición cada vez que nos sentíamos agobiados.

—Esta noche hay una fiesta de cambio de temporada. Por aquí es muy conocida, ¿iremos, verdad?

Asentí para confirmarle a mi amigo que lo acompañaría, aunque no tenía pensado alargar la noche porque quería pasear por la naturaleza. He sido más de mañanas que de noches. Por aquel entonces, no tenía ni idea de que me iba a encontrar con ella.

Esa ella que cambia a todas las anteriores, la que reduce el ruido exterior y hace que todos tus sentidos se proyecten en su dirección.

Cuando le pregunté a mi amigo por ella, no tenía ni idea de quién era, no fue hasta después de unas horas cuando me atreví a dar el paso de hablar con ella, que descubrimos que habían aparecido en Lellos de casualidad.

Viajaba con un par de amigas, el coche se les estropeó unos pueblos antes, y el seguro las dejó en el hotel de Lellos. Se habían enterado de la fiesta y no lo dudaron, pero al día siguiente continuarían con su viaje.

—Me llamo Mai Hunter —susurro tímida ante mi pregunta.

Tenía una voz melosa, de esas que se cuelan en tus sueños cuando estás a punto de dormirte, como un recordatorio de que has encontrado algo especial y no lo tienes a tu lado.

—Michael Douglas.

No le tendí la mano, como me había enseñado mi padre a hacer, bajé mi cuello y esperé a que ella aceptase dos besos de mi parte. Lo hizo con una sonrisa tímida que aún guardo entre mis recuerdos.

De entre todas sus amigas, ella destacaba por la tranquilidad que aportaba. Se reía cuando alguna comenzaba a bailar con Caleb, o les seguía la corriente para ser parte del grupo, sin embargo, se mantenía distante con la emoción que todos parecían derrochar por los poros de su piel. Sentí que había encontrado un alma gemela, aunque todos asuman que, a una tierna edad, eso sea imposible.

—¿Estudias o trabajas? —pregunté.

Mi repertorio de ligoteo por aquel entonces era escaso.

Ella me sonrió con dulzura, se llevó el vaso de cerveza a la boca y respondió.

—Estudio, aunque estoy a punto de acabar la carrera universitaria.

—¿Y ya sabes lo que vas a hacer después?

—Ayudaré a mi familia, les debo todo.

No supe entender el mensaje, o puede que no lo entendiera. Yo también estaba programado para ayudar a mi familia. El imperio de los Douglas iba a ser heredado tanto por mi hermano Robert como por mí. Mi padre nos estaba educando en todos los ámbitos de la empresa para que,

cuando fuera nuestra, pudiéramos dar el cien por cien de nuestras habilidades.

Una amiga de ella y Caleb, decidieron que lo mejor era continuar la fiesta por nuestra cuenta, acudir a la casa donde nos estábamos hospedando, y bailar y cantar hasta desfallecer. Me hizo de forma silenciosa la pregunta, para comprobar si estaba de acuerdo. Yo solo podía pensar en pasar más tiempo con la chica rubia y menuda que estaba a mi derecha, ya me daba igual el amanecer, la naturaleza, o la luz que se colaba entre las montañas.

Cuando llegamos, encendimos velas, colocamos el radiocasete en el centro del salón, y dejamos que el alcohol corriera por nuestras venas. Los únicos que parecía que no pintábamos nada allí, éramos ella y yo.

—¿Quieres ir a tomar el aire?

La vivienda de los Scoll contaba con una terraza de madera con la mejor vista a la montaña. Durante el día, estar allí era un regalo.

—Sí, me estoy agobiando con tantos saltos a mi alrededor.

Sus amigas estaban eufóricas con la música de Caleb.

—Por aquí.

Dejé la bebida en una de las mesas que encontré en el camino, y salí con ella a la cálida noche.

—Me parece que tenemos algo en común, y es que los dos somos los polos opuestos de nuestros amigos.

Miró hacia atrás para comprobar el estado de sus amigas.

—Hace poco que nos conocemos, pero he de decir que sí, son mi polo opuesto, aunque me encante estar con ellas.

Podía decir lo mismo de Caleb, no obstante, en nuestro caso, los años de amistad no importaban cuando nos pasábamos el día juntos. Nuestras familias habían comenzado a hacer negocios. Lo que empezó siendo una broma en el aseo de la universidad, pronto se convirtió en una hermandad.

—Y, ¿qué hay de ti? ¿Qué secretos le puedes confesar a este desconocido?

—Podría comenzar diciendo que… Me parece muy atractivo este desconocido.

«Guau» Fue la primera vez que me subió una descarga eléctrica por el cuerpo al estar a su alrededor.

Estuvimos horas hablando de nosotros, de cómo había sido nuestra infancia. Ella vivía en Gales, y su familia había tenido negocios con la élite londinense pero no habían resultado del todo favorecedores.

—¿Sabes?, me encantaría hacer una locura, de esas que se supone que solo puedes permitirte cuando eres joven.

Vi mi oportunidad de ser valiente.

—¿Cómo cuál? —pregunté nervioso.

Cambió la atención hacia mí. Dejó atrás las farolas del pueblo para enfocar esa mirada dulce en mí.

—No sé, puede que… Besar a un desconocido sea un punto de partida.

Acerqué mi cara hacia ella, dejándole espacio para que tomara la decisión de hacerlo o no. Tardó unos segundos en decidirse, pero cuando posó sus labios sobre los míos, mi mundo dejó de girar. O puede que ocurriera todo lo contrario, y se volviera tan loco que me mareé en el proceso.

Había compartido intimidad con un par de mujeres por aquel entonces, sin embargo, nada se comparaba a esa sensación. Había presión en mi pecho, como si fuera una olla *express* a punto de explotar. A la vez quería tenerla más cerca, mi agarre en su cuello no era suficiente. La

esponjosidad de sus labios me hacía desearla más y más.

Cuando nos separamos y encontré su visión borrosa por la intensidad del momento, repetí la acción cuantas veces me permitió durante esa noche.

Sin lugar a dudas, fue un recital de primeras sensaciones donde me sentí el tío más afortunado del planeta.

2. UN TE QUIERO Y UN ADIÓS.

MICHAEL

Me habían enseñado desde niño a que, todo lo que me hiciera frágil, debía de ocultarlo de los demás.

Después de ese día, se fueron. Cogieron las maletas, sonrieron, y se despidieron de nosotros como si no hubiera habido un antes y un después en el mundo. Como si el resto no se hubiera dado cuenta de lo que sucedía.

Me dio su teléfono y me pidió que la llamase a una determinada hora. No entendí hasta tiempo después, que se debía a que, en esa franja horaria, no había nadie en su casa que pudiera moldear sus respuestas.

Dejaba de acudir a las últimas horas de clase solo para hablar con ella. Nos llamábamos de lunes a viernes, los fines de semana no podía responder. Nos contábamos cómo había ido nuestro día, y nos reíamos de bromas que empezaron a ser nuestras. Sí, creamos un universo propio, ya que, en el que todo el mundo vivía, no había reparado en nuestra presencia.

—Las chicas quieren repetir la fiesta de Lellos. Están sopesando la idea de regresar para el inicio de la primavera. Los lugareños nos dijeron que, en cada cambio de estación, hacían una fiesta.

Nadie me veía, estaba sentado en mi habitación, con el teléfono fijo pegado a mi oreja. Amplié los ojos emocionados, y apreté el puño en el aire para descargar algo de la emoción que tenía en mi cuerpo.

—Nosotros acudiremos. A Caleb le encanta ir a todas las fiestas, ya lo sabes.

Hablé en nombre de mi amigo porque sabía que, si le pedía acudir, él lo haría por mí. Tampoco es que fuera un sacrificio, no había mentido cuando afirmé que le encantaban las fiestas.

En el trayecto hacia la casa, Caleb me hizo la pregunta.

—¿Le vas a contar la verdad?

—¿Qué verdad? —Me había dejado el flequillo largo y en multitud de ocasiones lo utilizaba para opacar mi expresión del resto del mundo.

—Que no sales ya con tías, que estás todo el día esperando que llegue la hora para hablar con ella, no sé, que estás colado hasta los huesos por ella.

—Caleb… No es tan sencillo.

—¿Lo dices porque no vive en Londres o porque eres un cagado?

Le pegué en el hombro pero él no soltó el volante, tan solo se rió de mi vago recurso.

—No soy un cagado.

—Por tanto… —comenzó a decir elevando el tono de voz de forma alegre—, reconoces que estás pillado por ella.

—No es tan sencillo.

Me llevé las manos al pelo, lo moví, y aun con esas, no relajó mis nervios.

—El amor a distancia, dicen que funciona, podéis probar.

—¿Quién tiene una relación a distancia con veinte años?

—¡Venga ya, Douglas! No pongas excusas tontas, a mí no. Habla con ella, dile como te sientes. Si ella responde a todas tus llamadas es que está en la misma posición que tú.

«En la misma posición que yo».

Supongo que el miedo me había paralizado hasta que mi mejor amigo soltó esa frase.

◆◆◆

El reencuentro fue como de película, o por lo menos, lo sentí de esa forma. Para mí se habían apartado todos para que solo estuviera ella en mi radar. Se abalanzó a abrazarme y estuvimos unos minutos el uno rodeando el cuerpo del otro.

Fue la primera vez que me sentí en casa. Una sensación muy extraña, porque no era un hogar al uso, sin embargo, mi respiración y mi cuerpo calmaron todo el ruido.

Sus amigas también me saludaron con cariño. Habíamos creado una amistad peculiar después de aquella primera fiesta. Yo conocía de sus vidas gracias a las conversaciones diarias con Mai.

Esa noche, fuimos todos a la fiesta. Tenía unas ganas inconmensurables de tomarla de la mano, así que, en una de las subidas hasta el lugar donde se disputaba la verbena, lo hice. Ella aceptó, incluso me gané una sonrisa tímida de su parte. Cuando nuestras manos entraron en contacto, sonrió, se acercó hacia mi cuerpo, y tapó su sonrisa con la camisa floja que había elegido para la celebración.

—Caleb, seguir sin nosotros, os alcanzamos ahora.

Ella no opuso reticencia hacia mi comentario, y mi amigo entendió lo que iba a hacer. Elegí un camino solitario, ajeno al ruido de la fiesta, un lugar donde poder decirle lo que sentía y, quizá, lanzar la propuesta más loca de mi vida.

Nos sentamos en una roca, ella giró el cuerpo hacia el mío a la espera de que comenzara a hablar.

—Me resulta extraño tenerte aquí, sin el teléfono por medio.

—Yo tengo que admitir que estoy nerviosa —comentó.

—Mai, quería hablar contigo de una cosa.

No me dio la oportunidad. Me besó como aquella primera vez, con calma, midiendo cada pasito para comprobar si yo estaba de acuerdo con ello o no.

Me dejé llevar, nos dejamos llevar hasta que se nos hincharon los labios.

—No lo digas —susurró apoyada en mi cuello.

Lo dijo tan cerca, que unas tímidas cosquillas bailaron por mi cuerpo.

—¿El qué?

No tenía ni idea de lo que estaba hablando. Nuestro momento de afecto se había alargado haciendo que mi mente nublara mis ideas.

—Lo que ibas a hacer, no lo hagas.

—¿Te refieres a la conversación?

Me puse nervioso porque algo en el ambiente cambió.

—Sí.

Sus manos, esas que estaban apoyadas en mi pecho, temblaron haciendo que tomara distancia conmigo.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Negó con la cabeza, bajó el mentón y luego se tapó la boca.

—Debería habértelo dicho, pero… No me atreví… Nuestras conversaciones son…

—Oye, ¿qué ocurre?

No quería tocarla porque tenía la sensación de que ella rechazaría mi toque.

Al elevar la cabeza hacia mí, comprobé que estaba llorando.

—Hace unos meses te dije que, cuando acabara los estudios, ayudaría a mi familia, ¿verdad?

Asentí.

Quedaban unos meses para que ella finalizara su andadura universitaria.

—Dos semanas después de la graduación, me caso, Michael.

El mundo, mi mundo, nuestro universo paralelo, se rompió en mil añicos. No sé si fue como el Big Bang, si la explosión aniquiló a miles de especies, lo único que recuerdo de ese momento es que, mi corazón, mi forma de amar, se hundió antes de ver la luz.

◆◆◆

Los días y los años transcurrieron.

Nada me hizo vibrar del mismo modo que ella lo había hecho.

No había cita que despertara en mí las mismas emociones. Ni fiesta a la que acompañara a Caleb en la que no la buscara.

Las llamadas se cortaron después de aquel fin de semana. Lo que era el mejor momento de mi día, pasó a no existir. Tanto fue, que en ciertos momentos creí que lo había imaginado.

Caleb se volcó en buscar actividades que despejaran mi mente. En los estudios di el cien por cien de mi capacidad. Mis notas estaban por encima de la media y mi padre supo apreciarlo.

Mi hermano comenzó a convertirse en un extraño que entraba en casa, la tumbaba, y se volvía a ir.

Me gradué, conseguí la mejor nota de mi generación y, aún así, la busqué entre el público. Cuando llegaba la noche, sentía pena por mí mismo al haber actuado de ese modo.

Para ella no había significado lo mismo. Había sido una muesca más en la cama, un bonito recuerdo de verano.

Y, hablando de verano. Fue ese mismo caluroso mes de agosto en el que mi padre me pidió que lo ayudara con la empresa Douglas. Robert no podía atender a sus obligaciones, y su parte de la empresa podía sufrir su poca profesionalidad. Aunque mi hermano no lo viera del mismo modo, lo estábamos ayudando.

Pasé a ser un joven estudiante digno de elogios, a acudir a reuniones serias, a tomar decisiones cruciales, y a crecer a marchas forzadas.

Dejé atrás la ropa holgada, las camisas y los vaqueros fueron cambiados por trajes a medida. En su mayoría, de un color oscuro. Me corté el flequillo y aprendí a atarme una corbata con los ojos cerrados.

Maté al joven, para convertirme en el adulto.

3. MIL CARTAS PARA ENAMORARME

MICHAEL

—Michael, ven, quiero presentarte a uno de los socios que se unirán al grupo el año que viene.

Las fiestas eran algo a lo que tenía que acudir, quisiera o no. Mi padre era un hombre cada vez más mayor, y delegaba esa parte en mí con el pretexto de que era joven y tenía la capacidad de dejar el apellido Douglas en el lugar que se merecía.

Nunca me gustaron estos corrillos, y no empezaron a hacerlo cuando se convirtieron en obligatorios. Caleb acudía en ocasiones, solo cuando su padre también tenía negocios dentro del asunto.

Dejé que el hombre, el mismo que había programado la fiesta, me llevara por los pasillos hasta encontrarme con la persona que me quería presentar.

Era un hombre mayor que yo, diría que unos diez años más. No sonrió ante la presentación, tan solo extendió la mano y la estreché con fuerza para dejar patente el grado de seguridad que tenía en mí mismo.

—Graham Harrington, te presento a Michael Douglas, este es el hombre que ayudará a tu empresa a estar entre las más deseables de la bolsa.

El comentario tampoco pareció ponerlo de buen humor.

—Es un placer —añadí ante la tensión que se palpaba en el ambiente.

—Graham cuenta con un capital de inversión en el grupo del motor. Lo hace por pura afición, es un apasionado de las carreras.

—De las carreras, y de mi mujer, no lo olvides, Jonathan.

Me sorprendió tanto su comentario como su postura.

Había trabajado con Jonathan las suficientes ocasiones como para darme cuenta de que se había incomodado con la situación del mismo modo que yo.

El repique de unos tacones hicieron que soltáramos la atención de él, y la enfocáramos en la mujer que se acercaba con tímidos pasos hacia Graham. Cuando él la vio, rodeó su cadera con fuerza lanzándonos un vulgar mensaje que no pienso repetir.

Creía que la vida solo se podía reír de ti en una ocasión, algo así como que somos millones de personas en el mundo, y cebarse con una es de mal gusto. Visto lo visto, conmigo no sucedió porque la mujer del impresentable era nada más y nada manos que mi tímida Mai Hunter.

Nuestras miradas conectaron, pero antes de que pudiera decir nada, cambió la atención hacia su marido, dejó un beso en su mejilla y esperó a que nos la presentara.

—Esta es mi preciado tesoro, Mai Harrington. Se mira, pero no se toca, caballeros.

De nuevo esa bola de fuego se asentó en mi garganta, ahora con más peso.

No era capaz de retirar los ojos de ella. Estaba muy cambiada, su ropa también se había transformado, se había puesto años encima. No entendía lo que estaba sucediendo y creo que todos lo notaron, en concreto Jonathan.

—Será mejor que dejemos a los enamorados continuar con su velada, quiero presentarte a alguien más, Michael.

Asentí y me dejé guiar por el brazo de mi socio.

Deambulé por la sala hablando con cada uno de los participantes. Puedo asegurar que no recuerdo ni una sola de las palabras que comenté en esa reunión hasta que me escondí en los aseos.

La presión estaba pudiendo conmigo, entre los recuerdos y toda la mierda que estaba soportando porque mi hermano no quisiera hacerse cargo de la parte de la empresa que le correspondía.

Ella abrió la puerta con fuerza, haciendo que saltara del susto, miró en rededor y me pidió que nos escondiéramos en uno de los cubículos.

No sé si fue por los recuerdos o por la intriga que despertaba en mí, que lo hice. Acepté, y quizá ese fue el peor error de mi vida, o el acierto más insospechado.

—Lo siento, lo siento mucho, Micki. Yo… Quise llamarte cada día de estos tres años. Te juro que si hubiera tenido elección nunca hubiera elegido este final pero…

Algo opacó mi mente que, en lugar de darle una respuesta, la atraje contra mi cuerpo. Necesitaba ese abrazo. Necesitaba saber si mi cuerpo había dejado de reaccionar a ella. Fue una auténtica mierda darme cuenta de que no era así.

—No tengo mucho tiempo, solo quiero que me escribas a esta dirección. Si quieres que tengamos una conversación, mándame una carta aquí.

Me entregó una servilleta con anotaciones. Su mano tembló en el proceso, y me quedé tan anonadado por el transcurso de los acontecimientos que no supe reaccionar.

—Mai… Esto es…

—Lo siento, te prometo que lo siento.

Salió disparada de esa pequeña burbuja. Dejándome con mis dudas y con las ganas de seguir pegado a ella.

Me tuve que ir de la fiesta porque las ganas de llorar acudieron a mis ojos y mi padre repetía una y otra vez que, los hombres de negocios, no muestran sus debilidades nunca.

Esa noche no sé si fue el destino o la casualidad, pero mi vida dejó de ser mía para pasar a manos de Mai Hunter, de nuevo.

◆◆◆

Envíe la primera carta un 14 de julio. Habían transcurrido cinco meses desde nuestro encuentro, y elegí ese día porque era el mismo día que la conocí. Algo a lo que llaman nostalgia me hizo actuar de tal forma.

Recuerdo cómo se la entregué al mayordomo de la casa. Él me miró extrañado, no era habitual que yo tuviera ese movimiento. Después, intenté borrar esa acción de mi mente, me centré en la empresa, en lo que debería de hacer y en ayudar a mi hermano a encontrar el rumbo de su vida. Jamás pensé que ella fuera a responder.

Mucho menos que lo hiciera como si los años no hubieran transcurrido para nosotros. Que me contara su día a día con alegría, obviando la separación temporal.

Me volví a convertir en un adicto a ella. A sus letras, a sus expresiones. A la colonia con la que perfumaba las cartas o a cómo en una ocasión dejó un beso con un pintalabios rojo al final de sus letras.

Caleb decía que estaba jugando conmigo, que su marido era un tío extraño y que debía de tener

cuidado. Ya no era el Michael de la universidad, ahora tenía responsabilidades que podían verse salpicadas por mis decisiones.

Estaba a punto de decirle que esto debía parar, cuando ella hizo la primera confesión: tenía miedo de Graham. Era un hombre muy celoso y la diferencia de edad los estaba alejando cada vez más. Ella aún tenía un alma joven cuando él ya estaba hablando de asentar sus vidas. De tener hijos, una casa en el campo…

Cuando leí la palabra hijos, lloré.

Un matrimonio podía ser revocado en cualquier momento, pero una familia no. Jamás.

Después de eso, mis respuestas se espaciaron en el tiempo. Quizá fui injusto con ella porque, después de haberse confesado, la dejaba sola, pero no podía volver atrás. Llevábamos meses compartiendo correspondencia y me estaba despistando de mis quehaceres.

No fue hasta esa noche, esa gala, en la que tomé la decisión final.

4.ES UN ADIÓS.

MICHAEL

Era una gala para festejar los beneficios conseguidos por el grupo que habíamos creado varias empresas destinadas a la creación de motores. Todos debíamos de estar felices por los logros, pero mi cabeza solo podía reparar en cada uno de los participantes para comprobar si ella estaba.

Graham iba a acudir, él había añadido un capital muy importante en la trama. Era un aficionado con dinero que quiso invertir por gusto. Todos besaban el suelo por donde él caminaba, y es que en el mundo de los negocios, esto es más común que en otros ámbitos.

En cuanto mis ojos repararon en la postura regia de él, supe que ella estaba cerca.

No me equivocaba, sonreía ante una pareja de mujeres que charlaban animadas. Ella quería hacer comentarios, pero en el último momento cambiaba de opinión. Supongo que la mirada de él por encima de su hombro, influía.

—Buenas noches.

Lo saludé con un apretón de manos e hizo que Mai se girara dejando con la palabra en la boca a las mujeres.

Tomó mi mano con fuerza y rodeo la cintura de Mai con la misma intensidad.

Intenté que no se notara en mi expresión la sorpresa por su abultada barriga.

—Cariño, ¿te acuerdas de Michael Douglas? Cuando nuestros hijos sean mayores, tenemos que convencerlo para que nos haga un coche exclusivo para ellos.

Ella no apretó mi mano, sino que se apoyó en el pecho de Graham. Dudo que él, con la presión que estaba haciendo contra su cuerpo, la hubiese permitido realizar otra actuación.

—¿Hijos? —utilicé un tono alegre, aunque fallé en el intento porque salió más como una sorpresa.

—Dos varones, la naturaleza es sabia, amigo.

El comentario rancio quitó de un plumazo el amago de sonrisa en mi boca. Miré hacia ella, fue el único momento que me permití hacerlo. Creí ver dolor en sus ojos, pero el hecho de que en su última carta, hacía un mes aproximadamente, no me hubiera comentado la buena nueva, me dejó muy claro los términos de nuestra relación.

—Os deseo mucha felicidad. Y, cuando esos hijos crezcan, los espero en los circuitos.

Con un asentimiento de cabeza me fui de su lado y de la fiesta.

Creía que no me podía romper el corazón en dos ocasiones, pero, de nuevo, ocurrió.

5. NO FUE UNA ELECCIÓN.

MAI

Quise gritarle y pedir ayuda. Decirle que no le estaba engañando, sino que estaba protegiéndome de lo que podía suceder si Graham se enteraba.

El embarazo me pilló desprevenida. No estaba segura de querer ser madre, mucho menos con él a mi lado, pero no tenía otra opción.

Mis padres estaban enfermos, mi padre había tenido una vejez muy mala, y mi madre no cesaba en repetirme, que teníamos mucha suerte de que mi marido hubiera sabido explotar los negocios y la fortuna familiar.

Graham se los había ganado con pequeños detalles hasta conseguir el control completo de las finanzas familiares de los Hunter.

Ya no tenía con quién hablar. Las chicas habían continuado su vida. Habían intentado participar en la mía, pero él siempre tenía unos planes más importantes que me alejaban de ellas.

No las culpé jamás por no mirar atrás, por no esperar por mí. Éramos jóvenes y cada una quería exprimir la vida a su modo. Casarse no entraba en los planes de ninguna. Ni los míos, me vi obligada a hacerlo aunque mi corazón perteneciera a otro hombre.

Tenía mucho miedo por lo que pudiera ocurrir después de que los niños naciesen. Tenía miedo de morir en el parto, cada noche me despertaba gritando con pesadillas. De solo imaginar que él los pudiera educar a su antojo despertaba un instinto animal en mí.

Rechazaba su contacto desde que estaba embarazada, mi cuerpo me pedía espacio, y él no lo soportaba. Llegó a amenazarme con quitarme «esa lacra» con tal de que volviésemos a ser nosotros solos ante el mundo.

Graham era un hombre muy celoso y posesivo, pero hasta ese día no había temido nada más que sus gritos.

El cuchillo en mi abdomen supuso un antes y un después.

Cuando quería gritar, agachaba la cabeza a la espera de que alguien se diera cuenta.

Cuando quería huir, me ponía a coser como hacía mi abuela para que alguien entendiera que ese no debería de ser mi puesto, que tenía mucho que ofrecerle al mundo.

Y cuando quería hablar con él, escribía cartas que nunca enviaba y luego las quemaba.

Graham miraba a Michael por encima del hombro, pero lo conocía bien como para admitir que deseaba el físico del menor de los Douglas, el carisma que tenía y lo bien que le iba en los negocios. Todos querían estar a su lado, su mujer, la primera, aunque eso nunca lo supo de mi boca.

Verlo caminar lejos de mí, hizo que mi corazón se partiera en dos. Sabía que había perdido la oportunidad de ser feliz cuando mi padre concretó un matrimonio por conveniencia para salvar a la familia de la ruina. A pesar de ello, ver partir todas mis posibilidades de huir, de ser feliz, acabaron con mi cordura.

6. EL DOLOR TE ANESTESIA.

MICHAEL

Pasó un año hasta que volvimos a coincidir. Todos les enviamos nuestros mejores deseos a la pareja a través de un regalo común del grupo de trabajo.

No quise saber nada. No quise acudir a las reuniones en las que Graham estaba.

Quise desconectarme del dolor.

Cuando mi mejor amigo se estaba casando con el amor de su vida, yo me dediqué a ocupar su lugar.

Las fiestas de lujo se convirtieron en mi hogar. Disfrutaba de no recordar lo que había sucedido al día siguiente. Conocía a mujeres cada día, llegaba a acuerdos con ellas para no comprometernos el uno con el otro.

El sexo se convirtió en una forma de no pensar, de desconectar de todo y de todos.

Hasta que nació Nate.

El hijo de mi mejor amigo era el bebé más bonito que había visto en mi vida, tampoco es que hubiera visto a muchos. Ver cómo se transformó la vida de Caleb hizo que, el último pensamiento de cada uno de mis días fuera hacia ella.

Era una puñetera condena de la que no podía salir y, por más cansado que estuviera, nadie venía en mi ayuda.

Rafaela llegó a mi vida en uno de esos días de desesperación. Mujer empresaria en un mundo de hombres, todo un ejemplo para acallar bocas. Sensata, inteligente e impresionantemente segura de sí misma.

Me arrinconó en la primera reunión que tuvimos y caí, literalmente, a sus pies.

Pronto se convirtió en socia y amiga del grupo Douglas. Me ayudó a enfocar la nueva línea de negocios, estuvo cuando mi padre enfermó y cuando mi hermano regresó a casa con una mujer y una hija.

Pensar en Rafaela es sinónimo de recordar los pocos momentos de cordura que hubo en aquella época de mi vida.

—Tenemos que fingir ser pareja. Necesito este contrato tanto como tú necesitas ir acompañado a esa fiesta.

Fue lo único que me dijo cuando, después de tres años, supe que iba a volver a verla.

—El tiempo ha transcurrido. Ya no somos los mismos —apuntillé.

—No, no lo sois, pero cuando la veas, todas las barreras van a caer a tus pies y debes tener un apoyo. No puede verte tambalear por su mujer, Michael. No estamos en disposición de enfrentarnos a Harrington.

En los corrillos de la empresa se empezaba a hablar de las actitudes inconexas que tenía Graham en determinados momentos.

—¿Y qué propones?

—Ser una pareja falsa para el público.

—Venga ya…

—Lo tomas o lo dejas. Me necesitas tanto como yo te necesito a ti, Douglas.

Acepté el trato porque, del mismo modo que confiaba en Caleb durante nuestra juventud, ahora podía apostar a que Rafaela guardaría mi cordura y mi fortuna como si de la suya se tratase.

—Nada de besos ni arrumacos, lo máximo es la mano en la cadera —apuntó.

Sonreí a su espalda.

Cuando llegara el turno de enamorarse, iba a perder esos humitos de diva que la hacían tan característica.

◆◆◆

Bailamos, conversamos, cerramos tratos e intentamos disimular nuestros verdaderos pensamientos.

—No ha venido —susurré en el cuello de Rafaela.

—Sí, la he visto en el baño y me ha dado la enhorabuena por nuestra relación.

Recuerdo la sonrisa de triunfo de mi amiga. Me envío un mensaje claro «yo tenía razón».

¿Y si ella seguía teniendo los mismos sentimientos que yo? ¿Y si no podía olvidar los momentos compartidos?

—Es una locura, está casada y tiene familia.

—Y a mí me gustaría comerle la boca a esa camarera de allí y estoy disimulando que no me pisas mientras bailamos. La vida que queremos y en la que orbitamos, es diferente.

No hablé con ella.

No pude acercarme a ellos.

Los años transcurrieron y los negocios con Graham siguieron su curso. Cuando entramos a trabajar como fabricantes de motores para una escudería de Fórmula 1, hice que enviaran dos monoplazas a la vivienda de los Harrington. Había escuchado que uno de los hijos amaba el deporte tanto como su padre, así que lo vi como un buen detalle para calmar las aguas de lo que fue y lo que seríamos a partir de ese momento.

7. UN NUEVO COMIENZO.

MICHAEL

Conseguí continuar con mi vida. Olvidé mi pasado, me hice el hombre que mi padre siempre quiso que fuera, y dediqué cada segundo de mi vida a la empresa y a malcriar al hijo de mi mejor amigo.

No quería tener hijos, tampoco tenía con quién.

Ninguna de las modelos que calentaban mi cama, lo hacían con mi corazón. La prensa me había catalogado como el soltero más cotizado de Londres, y Caleb lo utilizaba para reírse de mí en cada oportunidad que tenía.

Él, Natalia y Nate eran todo a lo que en algún momento había aspirado, pero que durante el camino olvidé que deseaba.

Habían pasado más de seis años sin noticias personales de los Harrtington. Alguna postal por Navidad, pero ningún contacto, nada que hiciera que mis mariposas revivieran.

Había apostado todo a mi soltería, la tapadera de Rafaela fue una tontería que nos vino bien por un tiempo, pero ella se merecía ser feliz y yo también.

Esa mañana entré en la oficina revisando las noticias. Con una mano sujetaba el maletín, y con la otra la tablet con la información relevante del día.

—Señorito Douglas.

Elevé la mirada hacia la asistente que llevaba organizando mi agenda desde que salí de la universidad y comencé a trabajar con mi padre.

—¿Sí?

—Tiene una llamada entrante desde el despacho del señor Harrington.

Los acuerdos entre nuestras empresas habían seguido su curso, sin embargo, nosotros no manteníamos contacto alguno porque cada uno llevaba un departamento muy alejado del otro.

—¿Harrington? —pregunté con la esperanza de haber escuchado mal a Melissa.

—La señora Harrington para ser más exactos.

¿Mai?

Le di las gracias y corrí hacia el teléfono.

Si la fuerza de la gravedad me atrapaba hacia el suelo, en esos instantes, la fuerza del amor me llevó a coger esa llamada y cambiar mi futuro.

—Michael al habla.

—Mic…Michael soy yo. Mai.

Su voz temblaba como si estuviera llorando e intentando dialogar al mismo tiempo.

—¿Te encuentras bien?

Ya no sabía quién era, en quién se había convertido en todos estos años, del mismo modo que yo no era el mismo. Si esto era una escena porque había tenido una pelea con su marido yo…

—Lo h… he mat… matado.

Me quedé sin palabras, blanco y sin sentir las piernas.

—Lo he matado. Lo han matado. N… No se mueve… No…

—Mai, por favor no estoy entendiendo nada.

Tomé asiento en mi cómoda silla reclinable. Era de cuero negro, el mejor que había en el mercado.

—Graham está muerto.

El aliento se me cortó.

—Necesito que… te los lleves.

—¿Qué? ¿A quién?

Escuché cómo sorbía por la nariz con fuerza.

—A mis hijos, necesito que los saques de esto. Me voy a entregar.

Una película de ficción tenía más comprensión para mí en esos instantes.

—¿Dónde estás?

Me dijo el lugar. Sabía que se habían mudado al campo, Graham se chuleaba en las oficinas de que vivía en el mejor lugar de la Tierra.

No sé qué me llevó a decir las siguientes palabras. Si fue el miedo porque cometiera una locura, la desesperación en su voz, o que fuese cierto lo que decía.

—En menos de una hora estoy allí.

Envié a mi hombre de confianza a por el helicóptero más cercano. La empresa contaba con uno, normalmente lo utilizaba para las reuniones, pero era un caso extraordinario.

Recuerdo el viaje como el peor de mi vida. No entendía la situación.

¿Por qué había recurrido a mí?

Había dicho que lo había matado. Un acto asesino no entraba dentro del tipo de persona que era ella.

Era, pasado.

Ya no la conocía, ya no era la chica que me contaba su día a día a través de un teléfono, o exponía sus miedos en las cartas.

Ya no era mi Mai.

—Señor, hemos llegado.

La casa estaba en medio de la nada, el helicóptero no tuvo problemas para realizar el aterrizaje, Graham tenía un helipuerto propio. Los campos que rodeaban la edificación estaban verdes, cuidados. Debían ser también de su propiedad.

—Espera aquí, por favor.

Él hizo lo que le pedí.

Corrí hacia la puerta. Cuando llamé, quien me abrió fue una mujer muy diferente a la que había conocido.

Yo nunca vi sus ojeras, ni la extrema delgadez que la acompañaba.

Tampoco había percibido jamás esas lágrimas tan dolorosas.

Sus manos estaban cubiertas de sangre.

—¿Quién es, mamá? —gritó un niño desde el interior.

Ella abrió la boca, la volvió a cerrar y se quedó como una estatua mirando hacia mí.

Es jodido recordar que, aún en esa situación, lo primero que hice fue rodearla con mis brazos y susurrarle que ya estaba allí. No tenía ni idea si quería escucharlo, o siquiera si lo hizo debido al estado de shock en el que se encontraba.

Me empujó hacia el salón y entonces lo vi.

El cuerpo de Graham, tumbado hacia arriba, rodeado en un enorme charco de sangre. Su cabeza reposaba sobre una mesa echa trizas.

—He sido yo… —tartamudeó uno de los niños.

El otro lo rodeó con sus brazos y le susurró al oído.

—No, tú no has sido, ha muerto del golpe que le di después.

Graham también tenía el pómulo tocado.

Me giré hacia atrás buscando que Mai pudiera darme una explicación.

—Él… —señaló a su marido y rompió a llorar.

—Me pegó —comenzó el niño que había tranquilizado al otro—, todos los días nos dice cosas feas, pero hoy estaba fuera de sí. Cuando mi hermano me fue a defender, el golpe hizo que se estampara con el escalón.

Me asombré por la entereza de aquel niño que tenía, ¿qué?, ¿once años?

—Después le pegué un golpe en la cara y lo maté.

Dejé atrás su rostro para revisar el cuerpo tendido de mi socio. Su muerte no se debía a un golpe en la cara, se tuvo que desnucar en la caída.

Cuando volví la mirada al niño, hizo un gesto para que mantuviera la boca callada. El otro no paraba de llorar y su madre parecía fuera de sí.

Aún ahora, recordándolo, me deja perplejo la entereza que tuvo Beck para sobrellevar la situación. Intentando que su hermano no se culpara y poniendo todo de su parte para salir de esa.

—Me voy a entregar.

Mai temblaba tanto que recorté la distancia con ella. Esas piernas, tan delgadas, parecían espigas a punto de ser vencidas por la fuerza del viento.

—¡He sido yo, mamá!

—Ash, nunca más vuelvas a repetir eso —le dijo el otro niño.

Ayudé a Mai a tomar asiento en una de las butacas, ella se dejó guiar.

—Ey, escúchame, ha sido un accidente.

Asintió de forma efusiva.

—¿Os ha hecho algo?

Negó con la misma fuerza, pero en el proceso visualicé la marca de unos dedos en su cuello. Estaban de un color morado, así que no eran de hoy.

Tomé aire con fuerza. De toda la mierda que hay en el mundo, esto era lo que menos esperaba y ella merecía.

—Mai, ¿te ha pegado?

—No.

Pero al decirlo rompió a llorar. Buscó de nuevo un abrazo por mi parte y dejé que la cercanía con mi cuerpo la calmara.

—Prométeme que les vas a dar un buen futuro. No tengo a nadie a quien recurrir, Michael.

—No pienso llevarme a tus hijos.

—Por favor —susurró.

—No, no, joder.

Estaba poniéndome muy nervioso.

Me levanté y ella dejó caer la mano que antes reposaba en mi hombro.

No podía estar ocurriendo. No tenía ni puta idea de cómo iba a salir sin que nadie sufriera.

—Me entregaré yo mismo. Sé que las leyes protegen a los niños, no me pasará nada.

—¡Te separarán de nosotros, Beck! —gritó el otro.

Parpadeé mirando hacia el niño. No era normal ese tipo de madurez. Él había dicho que su padre les decía cosas feas… ¿Hasta qué punto lo que sucedía en estas paredes había roto la vida de tres personas?

—Asher —señalé al niño que no dejaba de llorar—, podrías ayudar a tu madre un segundo.

El otro, Beck, dejó su atención puesta en mí. Le indiqué que se acercara y lo hizo. Hablé muy bajito para que Mai no me escuchara.

—¿Qué tipo de cosas hacía tu padre?

—A mamá le pegaba, aunque ella lo niegue, y a nosotros no nos deja ir al colegio ni tener amigos. Esta casa es como una cárcel de lujo.

Once años. Ese niño tenía once años y hablaba con una serenidad que muchos hombres de negocios con los que me había encontrado no poseían.

—Bien. Soy amigo de tu madre, me llamo Michael, y os voy a ayudar.

—¿Vas a cuidar a mi madre cuando me vaya?

—No.

¿No, Michael? Esa fue la pregunta que surgió en mi cabeza.

No porque no puedes, o porque no quieres.

—Todos vais a estar unidos. No te preocupes.

—Los muertos no desaparecen. Alguien debe pagar por ello.

De nuevo me dejó sin palabras. Fue un comentario tan duro que tuve que echarme hacia atrás para digerirlo.

—Michael, cuanto antes te vayas…

—¡No me pienso ir!

Joder. No iba a cometer el mismo error en dos ocasiones.

Me llevé la mano a la frente e intenté acompasar mi respiración.

—Ninguno va a cargar con su muerte. Si era un malnacido, lo siento por lo ético pero… Está mejor muerto que vivo.

Asher se recostó a llorar en el pecho de su madre.

—Tengo que pensar un plan… No voy a…

El olor a sangre me estaba asfixiando, el peso de la situación estaba pudiendo conmigo.

—Voy a tomar un segundo el aire.

Cuando abrí la puerta y el aire limpio llenó mis pulmones, sentí que volvía a la vida. Quería llorar y ser fuerte a partes iguales.

—Lo siento. Siento ponerte en esta situación. No sabía a quién llamar. Sé que eres un buen hombre, que puedes cuidar de Asher y Beck hasta que sean adultos.

Me quedé prendado en esos ojos que en algún momento brillaron con luz propia.

—¿Por qué, Mai? ¿Por qué todo?

Cuando estábamos a punto de ser algo, se fue. Me rompió varias veces el corazón y ahora esto…

—Estoy siendo muy injusta, lo sé, pero eres la mejor persona que he conocido.

Negué con énfasis.

—Hace años que no tenemos contacto, no tienes ni idea de quién soy.

—¡Claro que lo sé! Eras especial, siempre fuiste… Especial.

No era el momento de hablar de tiempos pasados. No en medio de esta situación.

—¿Crees que podemos hacer que parezca un accidente de coche? —pregunté.

Estar relacionado con el mundo del motor siempre me llevaba a soluciones del mismo tipo. Graham era conocido por amar este mundillo del mismo modo, así que era fácil pensar como él.

—N…No sé. Yo quiero entregarme.

Si miraba más tiempo hacia ella me iba a romper en mil pedazos.

—No vas a dejar de ver crecer a tus hijos, Mai. Nadie va a pagar las culpas.

—Señor…

Jaime se acercó a nosotros, preocupado por la sangre que rodeaba la ropa de Mai.

—Pensé que habías venido solo —susurró ella con miedo.

—Jaime es de confianza. Él nos ayudará.

Si aquella mañana alguien me hubiera dicho lo que iba a suceder, me hubiera reído en su cara. Mientras llevábamos a cabo el plan de hacer pasar por un accidente automovilístico la muerte de Graham Harrington, me di cuenta de que este tipo de locuras no se hace por todo el mundo.

Decir que tomarías una bala por alguien es un tema, pero hacerlo, ponerte delante de un revolver y cerrar los ojos para asumir tu destino, es otro tema completamente diferente.

Ese día, con las manos manchadas de sangre, entendí que en mi pasado hubiera tomado una bala porque estaba locamente enamorado de ella, y más de doce años después lo volvería a hacer porque seguía creyendo que el amor destinado podía con todo. Yo, que era un tío al que habían cincelado en hielo. Que no podía mostrar sus emociones para que mis contrincantes no las usaran en mi contra. El mismo que no miraba hacia los lados cuando tomaba una decisión empresarial.

El mismo que había conocido a una chica de la forma más casual y no había podido olvidarla ninguno de los días de su vida.

—Señor, ¿qué diremos sobre ellos?

Jaime señaló a los gemelos abrazando a su madre.

—Haremos creer que estaban de vacaciones en mi casa para que el mayor entrenara. Cuando la noticia salte, se quedarán para que les aportemos apoyo emocional.

Vivía solo en una mansión con tantas habitaciones que hacía años que no entraba en cada una de ellas. Me había hecho a la idea que era la vida que quería, quizá estaba equivocado.

—¡Nos vamos! —grité por encima del ruido del helicóptero.

Asher corrió hacia mí, seguido de Mai. Beck tenía clavada la mirada en la zona en la que habíamos estrellado el coche de su padre.

Cuando volvió la mirada hacia mí, encontré una batalla de emociones que me conmovió. Un niño nunca debería de perder su infancia, y mucho menos por la decisión de un adulto.

Corrió para subir al lado de su hermano y yo fui el último en entrar a la parte trasera del helicóptero.

Cerré la puerta y el ruido se evaporó, tuve la misma sensación que la primera vez que la había visto.

Estaba sentada a mi lado, temblaba mientras comprobaba que sus hijos estuvieran bien.

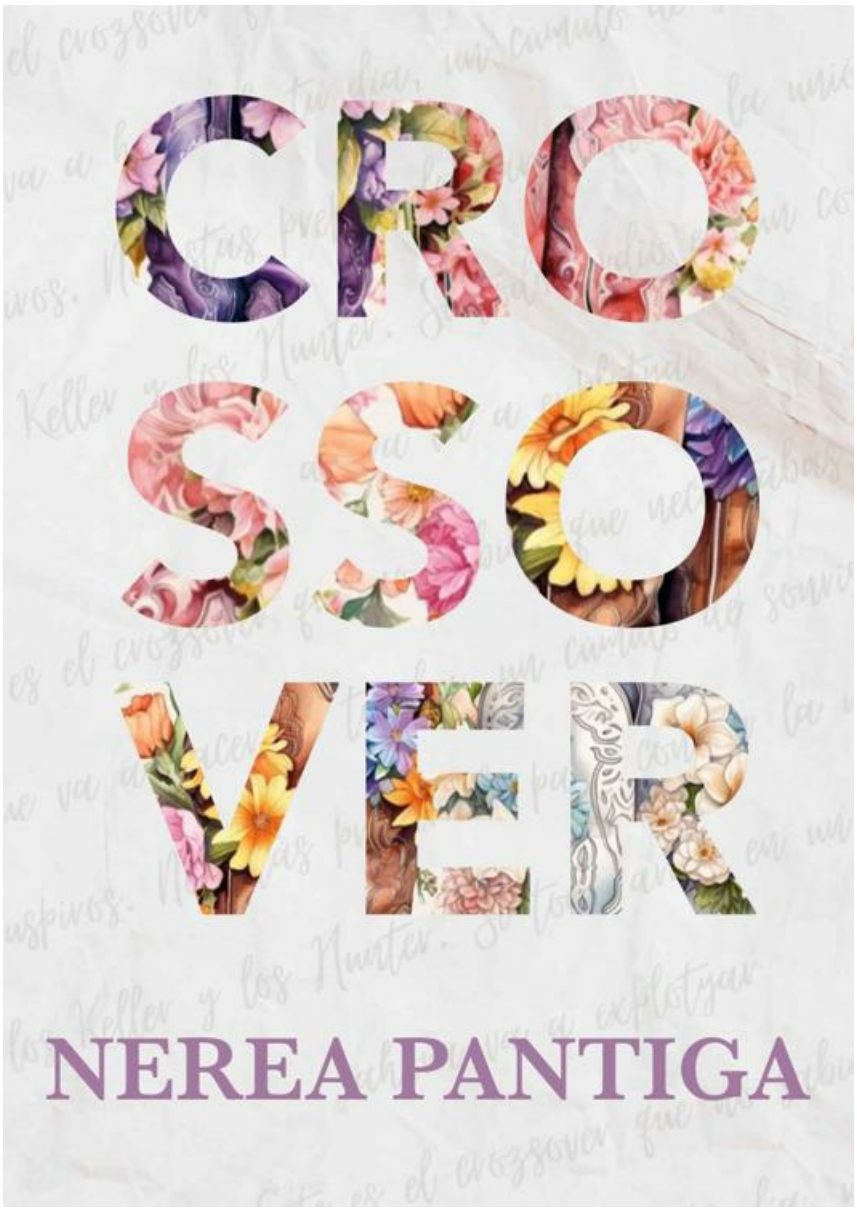
—Gracias —me susurró.

Tenía una mirada tan casada que lo único que me prometí ese día es que sería el mejor amigo que pudiera tener para recuperar la luz que un día la hizo única y especial.

SIGUE LEYENDO PORQUE...

Conoce a los próximos protagonistas que te contarán su historia. Viven en Lellos, son seis hermanos y suelen lucir un sombrero de cowboy.

¿Alguien ha dicho; smalltown, vaqueros y familia numerosa? Sí, se vienen los hermanos Keller y creo que, tanto tú como yo, vamos a disfrutar a lo grande con sus historias.



Lo puedes conseguir gratis en: www.nereapantiga.com

Gracias

Por darle una nueva oportunidad a uno de mis libros. Escribir la historia de Mai y Michael siempre estuvo entre mis objetivos, espero de todo corazón que te haya gustado.

Nos vemos muy pronto.

Con cariño, Nerea.